

Superarse y quemarse

Nicole Aubert

Cultura

La exigencia cada vez mayor de competitividad económica y el culto de los récords llevados al extremo, en una sociedad en la que poco a poco se han ido disipando las fuentes de trascendencia religiosa o ideológica, invitan a pensar que nos encontramos ante la emergencia de una nueva forma de religión: la religión del récord («performance») y la autosuperación.

Estos dos conceptos parecen indisolublemente ligados: el primero engloba al segundo. Constituyen, por no decir dos valores fundamentales, al menos dos imperativos que, al parecer, se encuentran en la raíz del modo de funcionamiento de nuestra sociedad: una sociedad «hipermoderna» en la que todo es hiper: este prefijo vendría a designar la demasia, el exceso, el más allá de una norma o de un marco, con una connotación de constante superación, de máximo, de situación límite.

De esta manera, así como se habla de hiperconsumo ¹ para designar uno de los pilares del funcionamiento de nuestra sociedad, se podría hablar también de hiper-«(per)formance» ² para expresar esa exigencia de realización llevada al extremo que se impone a todo el mundo y desemboca en una distinción entre los que aguantan el ritmo que aquella supone y los que no lo consiguen (o lo rechazan). Distinción entre los individuos «por exceso», producto del individualismo de mercado y del triunfo de la sociedad mercantil, que viven en una especie de exceso permanente —exceso de consumo,

¹ G. LIPOVETSKY, «La société d'hyperconsommation», *Le Débat*, n.º 124, marzo-abril 2003, pp. 74-98; *Le Bonheur paradoxal*, Gallimard, 2006.

² N. AUBERT (dir.), *L'individu moderne*, Eres, 2004.

de placer, de éxito, como también de presión, de imperativos, de estrés—, y los individuos «por defecto» de los que habla Robert Castel³, cuya existencia e identidad se definen en términos de falta —falta de seguridad, de apoyos económicos y de vínculos estables— y que, al no poder responder a las exigencias sociales de

*la «performance» implica
unos tests destinados
a clasificar a los individuos,
a evaluar y cuantificar unas
capacidades que le permiten
pertenecer al perfil profesional
requerido para una tarea
determinada*

adaptabilidad, dinamismo y superación, se convierten en los marginados de la hipermodernidad.

La exigencia de unos resultados cada vez mayores parece haberse convertido en la norma absoluta, tanto para las empresas como para los individuos: es a la vez *un imperativo económico*, para las empresas que han de ser cada vez más rentables, cada vez más competitivas en el contexto de una competencia mundial cada vez más desenfundada, y *una norma de*

comportamiento que exige de los individuos un cierto modelo de relación consigo mismos que implica superar continuamente los propios límites.

De la autorrealización a la autosuperación

La etimología del concepto de «performance» y su historia se insertan en una interesante evolución paralela al sistema de valores que conforman los cimientos de nuestra sociedad. Proviene del francés antiguo *parformance*, que significa realización; el inglés lo adoptó en 1839 en su forma actual, «performance». Esta palabra se distingue por su prefijo *per*, que se encuentra también en «perfección»⁴. El radical «formance» se refiere al proceso de formación de la perfección. Por tanto, «performance» se refiere en principio al proceso de la perfección que se está llevando a cabo.

Utilizado primeramente en el contexto de las carreras para destacar los resultados obtenidos por los caballos, el término pasó después a la actividad humana, designando, a partir de 1876, los resultados deportivos

³ R. CASTEL, *Les Métamorphoses de la question sociale*, Fayard, 1996.

⁴ Sobre esta etimología del término, nos basamos en B. STIEGLER, «Performance et singularité», en B. HEILBRUNN (dir.), *La Performance, une nouvelle idéologie?*, La Découverte, 2004.

en general, y finalmente se extendió a las máquinas en cuyo contexto destacaba la idea de las posibilidades máximas de un vehículo. A partir de ahí, y por extensión, designará, en francés, la noción de *récord*, de resultado excepcional, mientras que en inglés estará asociado a la noción de clasificación: entonces la «performance» implica unos tests destinados a clasificar a los individuos, a evaluar y cuantificar unas capacidades que le permiten pertenecer al perfil profesional requerido para una tarea determinada.

Así pues, aplicada al individuo, la «performance» contiene dos ideas: por una parte, la idea de posibilidades máximas, la cual, a su vez, implica la noción de superación de los límites y, por otra parte, la de clasificación: una clasificación que permite asignar a los individuos unos puestos basados no en su linaje o historia, como se hacía en el pasado, cuando de esta manera se perpetuaban las desigualdades de nacimiento, sino en sus propios méritos, demostrados por los resultados obtenidos en un sistema que se considera aplicable a todos. De la idea inicial de una perfección que se está realizando, la noción de «performance» pasó a designar una superación excepcional de los resultados, tanto respecto a uno mismo como respecto a los demás. De la idea de realización de un absoluto

de perfección, se ha pasado a la de conquista sin fin de un *récord* siempre más elevado.

Si observamos ahora la manera como la relación consigo mismo o la manera de ser en el mundo se han expresado a través de la historia, encontraremos una evolución parecida, en la que se pueden distinguir tres grandes períodos.

El hombre de la justa medida

El primer período es el de la Antigüedad, y está marcado por el sentido del límite y la medida. No hay autosuperación concebible, sino más bien una *autorrealización* en una relación de sumisión a la Naturaleza. A este período corresponde el que podríamos llamar *el hombre de la justa medida*.

Como recuerda muy bien Isabelle Queval⁵, la piedra angular del pensamiento antiguo es la representación de un mundo limitado y la idea de la naturaleza como norma: la naturaleza encarna el límite, la medida, la armonía, el orden, y en ella residen las leyes que rigen al mundo y al hombre. Esta concep-

⁵ Para esta presentación de la Antigüedad, nos basamos en I. QUEVAL, *S'accomplir ou se dépasser. Essai sur le sport contemporain*, Gallimard, 2004.

ción se apoya en una representación geocéntrica del mundo, un mundo concebido como un universo circular y cerrado⁶, y «no permite pensar que ese orden estructurante y perfecto pueda padecer la competencia de un orden humano, desacralizado por él»⁷. Además, la noción de infinito parece ligada, en el pensamiento antiguo, a la de inacabado y al no-ser; lo infinito no es más que lo indefinido o inacabado⁸. Ir más allá de los límites es algo impensable en un mundo en el que lo limitado es preferible a lo ilimitado, «en el que la finalidad natural está por encima de la voluntad humana» y en el que «la medida es superior a la desmesura»⁹. Ir contra la naturaleza intentando superarla equivaldría a transgredir el orden del mundo. En esta perspectiva, el hombre se encuentra sobre la tierra para desarrollar sus potencialidades, realizarse y alcanzar así la excelencia. Pero ésta tiene el sentido del justo medio; consiste en una realización «lo mejor posible» de las funciones ya inscritas en el orden del mundo:

⁶ A. KOYRÉ, *Du monde clos à l'univers infini*, Gallimard, 1973.

⁷ I. QUEVAL, *op. cit.*

⁸ Por ejemplo, en Aristóteles, para quien infinito equivale a imperfecto, mientras que la perfección se encuentra en lo finito, por estar ya acabado (*Física*, III, 6, 207^a, 10-15. Citado por I. QUEVAL, *op. cit.*, p. 27.

⁹ I. QUEVAL, *op. cit.*

es una excelencia sin autosuperación, y lo «mejor» es «el mejor de los posibles, no una búsqueda de lo imposible»¹⁰.

El hombre perspectivo

El segundo período, el de la Modernidad, comienza con los grandes descubrimientos astronómicos (Copérnico, Galileo, Kepler, Giordano Bruno...) que traen consigo un cambio total de las categorías de pensamiento con el advenimiento de la idea de Infinito, de la que nacerá la idea de progreso científico y técnico. Con este infinito astronómico, la concepción de un mundo limitado y cerrado se desmorona definitivamente. Lo ilimitado se convierte en un valor y el límite deja de serlo; lo infinito recibe una connotación positiva, mientras que lo finito no. La idea de infinito echa raíces también en la representación del hombre, el cual aborda la Modernidad desde una perspectiva en la que los límites se van desdibujando. La superación de los límites del mundo hace posible concebir la autosuperación¹¹. Ambas a dos progresan a la par: el mundo sin límites y el yo sin límites. En nuestra opinión, a este segundo período corresponde *el hombre perspectivo*, según la expre-

¹⁰ I. QUEVAL, *op. cit.*

¹¹ I. QUEVAL, *op. cit.*

sión de Zaki Laïdi¹², por analogía con el descubrimiento de la perspectiva en la pintura, es decir, un hombre capaz de proyectarse en una perspectiva de progreso. Durante este período, la autosuperación es posible, pero no es necesaria. Lo que caracterizaría la actitud subyacente sería más bien el *progreso personal*. Por ello, los comportamientos de autosuperación todavía son solamente puntuales, puesto que el ideal de la justa medida, heredado del período anterior, perdurará largo tiempo aún como modelo de comportamiento.

En efecto, sólo hacia comienzos del siglo XX la idea de «performance» llegará a ocupar el centro de la economía con el desarrollo del taylorismo y el fordismo. Y más tarde aún, en el campo de los deportes, las nociones de «performance» y récord seguirán esta misma corriente y se amplificarán gracias a la aparición del deporte de alto nivel, dentro de la idea de una superación indefinida de los límites corporales.

El hombre-instante y el exceso de uno mismo

Finalmente, a partir de las últimas décadas del siglo XX aparece, en to-

das las esferas de la existencia, la idea de que es preciso superarse y hacerlo mejor que los demás. A partir de entonces, hay que llegar siempre más lejos, más rápido, con más fuerza, y trabajar sin descanso para ser «el mejor». Es, pues, durante este tercer período, el de la hipermodernidad, cuando la autosuperación se convierte en motor del com-

*de esta manera, la búsqueda
de la excelencia encarnó,
en las últimas décadas
del siglo XX, el nuevo rostro
de la «performance»*

portamiento en diferentes registros, y frecuentemente se manifiesta en lo que podría llamarse *el exceso de uno mismo*, un exceso que se encuentra en las antípodas de la noción de justa medida y justo medio, dominante en la Antigüedad.

A este período corresponde, por tanto, el individuo «por exceso» del que hablamos más arriba: un individuo que soporta imperativos de superación cada vez más fuertes, que se traducen para él en un exceso de tensión, de exigencias, de presiones. Un individuo que se debate en una relación con el tiempo tan

¹² Z. LAÏDI, *Le Sacre du Présent*, Flammarion, 2000.

apremiante que llega a convertirse en un *hombre-instante*¹³, tan absorbido por las contingencias de lo inmediato, tan encerrado en una temporalidad ultracorta, que vive en una relación compulsiva con el instante presente, sin realmente poder ni querer proyectarse en el futuro. Un individuo que se ha convertido en punto de referencia para sí mismo y que desarrolla comportamientos extremos, llamados «de riesgo», en los que, además de una búsqueda de los raros límites que aún quedan, por ejemplo los corporales, se refleja también una búsqueda de sentido, de un sentido que ya no proporciona el orden social¹⁴. El individuo busca una especie de trascendencia en sí mismo, como si el fracaso de las fuentes tradicionales de sentido —religiosas o ideológicas— lo obligara a considerarse a sí mismo como fuente de sentido, a convertirse en su propio dios interior (algunos hablan, así, de un «dios *instantáneo*, que forma parte de su yo), un dios «a medida», podría decirse, que hubiera suplantado al Dios único y todopoderoso de las religiones tradicionales.

Efectivamente, lo que se trata de comprender es que esta fase de la

autosuperación y del exceso de sí mismo corresponde a una sociedad que ha abandonado la religión, a una sociedad en la que, sin Dios ni dueño, el individuo sólo tiene a sí mismo como punto de referencia. La autosuperación constituye entonces aquello gracias a lo cual el individuo se convierte en su propio modelo¹⁵, por el cual podrá diferenciarse de los demás y afirmar su propia singularidad, su propia especificidad.

Del «siempre mejor» al «siempre más rápido»

Sin embargo, no es solamente en el plano individual donde se hace sentir el imperativo de la superación. En el plano económico, el imperativo de la «performance» se ha repetido igualmente de manera cada vez más apremiante, de formas diferentes, pero cada vez más implacables. Tras las exigencias del «siempre más» productividad, propias de la extensión del taylorismo, del fordismo e incluso del estajanovismo soviético, más tarde apareció la exigencia del «siempre mejor», «siempre más perfecto». De esta manera, la búsqueda de la excelen-

¹³ N. AUBERT, *Le Culte de l'urgence. La société malade du temps*, Flammarion, 2003.

¹⁴ D. LE BRETON, *Conduites à risque, des jeux de mort au jeu de vivre*, PUF, 2002.

¹⁵ D. MARCELLI, «La performance à l'épreuve de la surprise et de l'autorité», en B. HEILBRUNN (dir.), *La Performance, une nouvelle idéologie?*, La Découverte, 2004.

cia encarnó, en las últimas décadas del siglo XX, el nuevo rostro de la «performance».

Presentada en los Estados Unidos, desde comienzos de los años 80, como un imperativo inevitable¹⁶, la búsqueda de la excelencia —o más bien la ideología empresarial que se elaboró en torno a esta exigencia— combinó estrechamente las aspiraciones al desarrollo propio y los imperativos de alcanzar mejores resultados en la empresa. Por otro lado, constituía una prolongación de la ética protestante, cuyo importante papel en el desarrollo del capitalismo había demostrado Max Weber¹⁷, y que preconizaba el continuo trabajo y el éxito en este mundo como prueba y medio para la salvación personal «en el otro mundo». Pero esta ética de la excelencia, muy pronto reivindicada por las empresas de origen norteamericano más marcadas por esta mentalidad de la ética protestante, y después rápidamente utilizada como sistema de gestión en muchas empresas, constituía una inteligente mezcla de los valores originarios y de los que exigía el contexto económico de la globalización.

¹⁶ Cf. *Le Prix de l'excellence*, de T. PETERS y R. WATERMAN, Interéditions, 1983.

¹⁷ M. WEBER, *L'Éthique protestante et l'esprit du capitalisme*, Plon, 1969. Traducción castellana: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1998), Ediciones Istmo, S.A.

De esta manera, se impregnó de los valores de agresividad y competencia que exigía la lógica de la supervivencia económica, al mismo tiempo que «recuperaba», por así decir, la dimensión de trascendencia de la ética protestante para focalizarla, no en la salvación en el más allá, sino en el éxito temporal como único medio para dar un sentido a la vida y autorrealizarse en un mundo en el que la existencia terrena, con su limitación, constituye la única certeza («*Tú no eres más que tu propia vida*», recuerda Inés, uno de los personajes de Sartre al final de *Huis Clos*). Por ello, así como el empresario protestante invertía en su trabajo con el fin de encontrar en su éxito la señal de su elección y de su salvación en el otro mundo, el hombre de empresa, cuyo retrato esbozamos en otra obra anterior¹⁸, invierte en la empresa para escapar al vacío social, a la falta de puntos de referencia, al vacío de sentido, y asegurar, a través del éxito profesional, la consagración de su existencia terrena.

La ética de la excelencia ha llegado, de esta manera, a conformar, a partir de la década 80-90, la base moral de una especie de sistema que pre-

¹⁸ N. AUBERT y V. DE GAULEJAC, *Le coût de l'excellence*, Le Seuil, 1991. Trad.: *El coste de la excelencia: ¿del caos a la lógica o de la lógica al caos?* (1993), Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

tende englobar a la totalidad del individuo y se apoya en una intensa movilización psicológica, la captación de los deseos individuales —de triunfo, amor, éxito profesional—, en un insistente recurso a las pasiones (las empresas buscaban personal «apasionado», capaz de entre-

*a la excelencia de antaño,
ha sucedido una lógica
de la excelencia radicalmente
opuesta, marcada con el
distintivo de la tecnología
moderna*

garse a fondo a su trabajo) y en un control permanente de la adhesión de cada uno («El control es continuo: ¿usted se adhiere un poco, mucho, apasionadamente? Interesa que todos se adhieran apasionadamente...», así se expresaba un directivo). Incitando a los individuos a juntar su búsqueda de sentido personal con los objetivos de la empresa y a pensar que, trabajando por la empresa, trabajaban en su propio interés, la empresa ha unido indisolublemente la exigencia profesional y la exigencia personal, y se ha presentado como mediadora del destino personal de los individuos, artífice del desarrollo de su propio ser y

objeto de una inversión amorosa, y al mismo tiempo como la única capaz de responder a las exigencias de autorrealización y de satisfacción de la sed de inmortalidad de toda persona.

A partir del final de los años 80, el sistema se aceleró y la ideología del «siempre mejor» se impuso sin discusión, relegando completamente en el olvido la idea de que la excelencia pudiera constituir un estado «suficientemente bueno» y susceptible de alcanzarse una vez por todas. Así es como Tom Peters, uno de los grandes «pontífices» estadounidenses de la gestión de empresas, subrayaba en su libro *Le Chaos Management*¹⁹ la necesidad de dar la vuelta al viejo proverbio de nuestras abuelas: «Lo mejor es enemigo de lo bueno» y enunciarlo de la siguiente manera: «Lo bueno es enemigo de lo mejor», una formulación mejor adaptada, según él, al medio extremadamente complejo y continuamente cambiante con el que en adelante han de enfrentarse las empresas. Más recientemente, un best-seller norteamericano, *Good to Great*, confirma este imperativo: ya no basta con ser bueno, es preciso ser *brillante* y sentirse in-

¹⁹ T. PETERS, *Le Chaos Management*, Intereditions, 1988. Trad.: *Nuevas organizaciones en tiempos de caos* (2005), Ediciones Deusto, S.A. (Barcelona).

satisfecho mientras no se es *el* mejor²⁰.

Individuos sometidos a alta tensión

Más allá de la empresa, puede apreciarse claramente la profunda mutación de sentido que se ha producido a lo largo del tiempo en torno al concepto de excelencia y el profundo cambio de lógica que pone de manifiesto. La excelencia, que anteriormente estaba inscrita en la duración y en el *ser*, hoy en día se pone de relieve esencialmente en lo *efímero* y en el *hacer*. A la excelencia de antaño, que se definía como la capacidad de resistencia y permanencia frente al tiempo que pasa, como «lo que emergía por encima del fluir de los años»²¹, ha sucedido una lógica de la excelencia radicalmente opuesta, marcada con el distintivo de la tecnología moderna, la producción de masa y la velocidad de comunicación.

En su primer sentido —el de antaño—, la excelencia consagrada por los años era un valor cercano del de la perfección: era la calidad intrínse-

ca de lo que es tan bueno, tan perfecto —en sí mismo, no en comparación con otros—, que es capaz de resistir al tiempo que pasa, erosiona y destruye. En su acepción actual, aunque la excelencia consista siempre en destacar por encima de los demás, ya no se afirma en la duración y en un «estado», sino que se inscribe en el proceso mismo, no es más que un peldaño, encumbra al que se encuentra «arriba» y, por ello, es, esencialmente y ante todo, efímera, continuamente cuestionada por una excelencia siempre mayor, por una realización más importante, por una hazaña más espectacular. Mientras que perdurará por siempre el recuerdo del corredor de Maratón, que se agotó hasta la muerte en la ejecución de su hazaña, pero fue una excepción en un contexto en el que superar los límites era «contra natura», el que, en nuestros días, atraviesa el Atlántico a remo sólo conocerá una gloria efímera, rápidamente destronada por una «performance» más extrema (¿el Atlántico a nado, sin pies...?).

De todas maneras, el modo de incentivación psicológica muy intensa de la gestión empresarial a través de la excelencia, aunque ha demostrado su eficacia en términos de productividad para la empresa, constituye un engaño para el individuo. Éste puede tener la impresión de trabajar en provecho propio mien-

²⁰ J. C. COLLINS, *Good to Great*, Harper Collins, Nueva York, 2001.

²¹ E. VANDERMEERSCH, «Résistance au temps ou vitesse de notoriété», *Autrement*, n.º 86, enero 1987.

tras consigue adaptarse a las exigencias de la empresa. El problema se plantea cuando, por un motivo cualquiera (disminución de los resultados, dificultades personales, reestructuración, etc.), esa persona deja de interesar a la empresa, ya sea porque no consigue seguir el ritmo, ya sea porque no llega a conservar el modo de compromiso muy apasionado que se le pide. Acostumbrado a trabajar de manera muy intensa y a entregarse con mucha generosidad, ahora ya no recibe las gratificaciones y el reconocimiento a los que estaba acostumbrado y, en los casos en los que se había operado, entre individuo y empresa, una simbiosis demasiado grande, después que el individuo había terminado por fusionarse en cierto modo con el ideal de la organización, se asiste a fenómenos de depresión brutales en los que la persona «se hunde», a veces de manera repentina, otras veces por etapas.

Este fenómeno es particularmente intenso en individuos dotados de un Ideal del Yo muy elevado, que se han entregado totalmente al servicio de una causa o de una empresa; pero cuando el Ideal se revela imposible de alcanzar, deja al individuo vacío, consumido por esa inmensa entrega de sí, cuya inutilidad e inconsistencia descubre repentinamente. Se trata del fenómeno bien conocido del *burn-out* que destruye

enteramente a la persona en su interior, como si hubiera sido víctima de un incendio o aplastada por el derrumbe de su Yo ideal, identificado con el ideal de la organización.

Sin embargo, los progresos de una globalización cada vez más desenfrenada, con unas exigencias siempre mayores de rentabilidad y reactividad, de alguna manera han rasgado el velo del revestimiento ideológico que cubría la violencia de las relaciones económicas y permitía a los individuos proyectar en la empresa su ideal profesional. Es, pues, un rostro mucho más rudo, sin la mediación de la menor idealización posible, el que ahora se muestra. El individuo ya no ve en primer plano la proyección de su ideal personal en el ideal de la empresa, sino el imperativo de ser «hiper-performante» en un contexto en el que la proyección hacia el futuro ha desaparecido ante la necesidad de una hiper-reacción inmediata. De esta manera, la lógica del «siempre más performante» se ha añadido a la lógica del «siempre más rápido», inducida por la llegada de la dictadura del tiempo inmediato.

El cambio radical en la relación con el tiempo —que apareció hace una docena de años por la alianza entre la lógica de los mercados financieros, que ahora rigen toda la econo-

mía, y la instantaneidad de los nuevos medios de comunicación— ha puesto en primer plano los conceptos de urgencia, instantaneidad e inmediatez, que dan como resultado la obligación de una respuesta «en el momento» a las diversas exigencias profesionales, y desembocan en la imposibilidad de distinguir lo accesorio de lo esencial, ya que todo parece haberse convertido a la vez en urgente e importante, y, como tal, debe ser tratado con la misma exigencia de inmediatez²².

Del hiperfuncionamiento a la avería

En este período se trata, pues, de hacer siempre más, con cada vez menos personal y en menos tiempo. La consecuencia de este nuevo tipo de exigencia es que los individuos se ven obligados a «hiper-reaccionar», sin poder ya tomarse el tiempo necesario para pararse a reflexionar, e «hiper-funcionar», más o menos como máquinas, como lo atestiguan diversos testimonios recogidos en una investigación reciente²³, testimonios que comparan a ciertas personas con «pilas eléctricas

imposibles de desenchufar», o que describen individuos que «dan vueltas sin parar, como un embrague o una caja de velocidades que gira sin conexión», y otros a los que «les han saltado los plomos». En un contexto que exige una respuesta inmediata, obligada a reaccionar de manera cada vez más rápida para gestionar el choque continuo de iniciativas o de respuestas que presentar en el mo-

*el carácter desenfrenado
de la competencia
a escala mundial,
no es previsible
que vaya a disminuir*

mento, la persona termina funcionando únicamente gracias a su dimensión «energética», como una central eléctrica o un circuito eléctrico cuyos empalmes o conexiones, en ciertos momentos y a causa de un calentamiento prolongado, saltan bruscamente, como bajo el efecto de un gigantesco cortocircuito.

Aparecen también otros tipos de síntomas. Por ejemplo, la «corrosión del carácter»²⁴, que se manifiesta

²² N. AUBERT, *Le Culte de l'urgence. La société malade du temps*, op. cit.

²³ N. AUBERT, *Le Culte de l'urgence*, op. cit.; R. SENNETT, *Le Travail sans qualités*, Albin Michel, 2000.

²⁴ N. AUBERT, *Le Culte de l'urgence*, op. cit.; R. SENNETT, *Le Travail sans qualités*, Albin Michel, 2000.

por la sensación de volverse muy nervioso e irritable, o por cambios brutales observados en personas sometidas a presiones particularmente fuertes: así, se habla de reacciones «totalmente imprevisibles» o «completamente histéricas», de «doble personalidad» («unas veces muy simpáticos, otras del todo odiosos»), de fenómenos de envejecimiento repentino y prematuro que afectan a personas hasta entonces muy dinámicas, de procesos de «deterioro mental y psicológico», etc. Todo sucede como si el carácter, entendido como la capacidad y la manera de entrar en relación con los demás, se encontrara progresivamente degradado bajo la acción del medio que los rodea, roído, atacado —a la manera de los materiales— como en un fenómeno químico. Como si la integridad personal y psíquica de la persona estuviera sometida a la extrema presión del entorno, como si el individuo se encontrara «en carne viva», sin la menor defensa contra las agresiones y urgencias del entorno y como si el equilibrio de su personalidad y de su vida se hubiera roto o descompuesto, sometido como estaba a las palabras mordaces de una exigencia cada vez más inflexible.

Finalmente, el aumento de las depresiones «por agotamiento» que observan los psiquiatras hay que relacionarlo obviamente con esta

exigencia socio-económica de una aceleración permanente y de una inmediatez siempre mayor. «Se observa una importante desaceleración», explica uno de ellos; «ya no alcanzan el nivel de producción esperado y experimentan un agotamiento y una fatiga extremas, acompañados de accesos de lágrimas, de cólera y una fuerte ansiedad, se quejan de tener los «nervios a flor de piel», y una irritabilidad y agresividad muy fuertes»²⁵. Sucede entonces como si, sometido a la exigencia de correr cada vez más deprisa, lo que priva al individuo de su capacidad de reflexionar y lo lleva a funcionar como una máquina recalentada, el individuo no tuviera otra salida que la avería, la desconexión brutal o la desaceleración depresiva para escapar a una aceleración mortífera que ya no consigue dominar.

El callejón sin salida de la autosuperación

Acerca de esta cuestión de la «hiper-performance» y la autosuperación, conviene sacar una conclusión diferenciada según nos situemos en el plano económico y colectivo o en el plano individual. La exigencia de una superación económica siempre mayor obedece a una lógica de su-

²⁵ N. AUBERT, *Le Culte de l'urgence*, op. cit.

pervivencia en un universo en el que los competidores son cada vez más numerosos dentro de un mismo espacio. Tal exigencia es exterior al individuo y se le impone a él. En este plano —y aunque las pérdidas en capital humano causadas por esta carrera a la «hiper-performance» sean importantes—, se puede ser pesimista en cuanto a la posibilidad de un cambio de tendencia: en efecto, el carácter desenfrenado de la competencia a escala mundial, justificada en el plano económico por la lógica que hemos descrito, no es previsible que vaya a disminuir; al contrario, hay riesgos de que sea más despiadada como consecuencia de la entrada en escena de dos gigantes económicos —la India y China— que todavía están lejos de haber exhibido todas sus potencialidades.

La exigencia de autosuperación en el plano personal es de una naturaleza bien diferente. Emanada del individuo mismo y pertenece a una lógica de búsqueda de sentido. El individuo intenta dar una respuesta al problema del sentido de su vida situándose en un grado de incandescencia, sin que pueda recurrir a ningún sistema preparado de antemano, como si la única manera de alcanzar esa meta consistiera en llegar a ser él

mismo²⁶ su propio creador y el artífice de su vida eterna. En ese momento, la cuestión que se plantea es si esa búsqueda en los confines de uno mismo puede tener otra salida que un continuo volver a empezar. Según David Douillet, entrevistado tras su primer título en los Juegos Olímpicos de Atlanta en 1996, cabe incluso preguntarse si esta autotrascendencia, cuando alcanza los límites más extremos, no puede desembocar más que en la muerte y el vacío: «Lloré al escuchar *La Marsellesa*, porque caí en la cuenta de que había llegado al límite de mis posibilidades. Al límite de todo. Soy como los exploradores que creían que la tierra era plana. Pero nunca llegaron hasta el final para comprobarlo. Yo sí he llegado. Y al final, no hay nada. Es el vacío (...) la noche blanca en la que miro, desesperado, el abismo que se ha abierto ante mí»²⁷.

¿No será, tal vez, que Dios no ha muerto del todo? ■

²⁶ N. AUBERT, «Intensité de soi, incandescence de soi», en B. HEILBRUNN (dir.), *La Performance, une nouvelle idéologie?*, La Découverte, 2004.

²⁷ *L'Équipe*, 23 de septiembre de 2000, palabras citadas por ISABELLE QUEVAL en «Le dépassement de soi, figure du sport contemporain», *Le Débat*, n.º 114, marzo-abril 2001.



Pilar de la Fuente:
Serie «primavera»
Cera sobre cartón, 12 × 8